­**Discurso**del nuevo doctor *honoris causa*  
D. Miguel Ríos Campaña

**TODO SE LO DEBO AL ROCK AND ROLL**

*Un carnívoro cuchillo  
de ala dulce y homicida  
sostiene un vuelo y un brillo  
alrededor de mi vida.*El rayo que no cesa. Miguel Hernández.

Cuando recibí la invitación de la Universidad Miguel Hernández para formar parte de su nómina de doctores *honoris causa*, experimenté dos sentimientos contrapuestos. Primero me asaltó el placer muelle y esponjoso que se siente cuando, por muy controlado que lo tengas, el ego se expande. Después experimenté la incómoda alarma que debe sentir el impostor, cuando se expone a que descubran que la toga le viene grande.

En mi discurso de aceptación del título de doctor *honoris causa* por la Universidad de Granada, pedí a los asistentes a la ceremonia lo que ahora les pido a ustedes: que compartan conmigo el aluvión de sentimientos que supone ser distinguido con un galardón que nunca se ha esperado. Aquél día, fue extraordinario. Para un no universitario como yo, cuyos reconocimientos y preseas los había ganado en la popularmente conocida como universidad de la calle por destacar en mi oficio, que la secular universidad de mi tierra me acogiera en su seno, nada menos que como doctor, estaba fuera de programa. Siempre he dudado de que me lo mereciera.

En esta segunda ocasión, tampoco sé si me merezco tan gran distinción, aunque me conforta el cariño con que se me ha acogido. Permítanme que agradezca y lo acepte con humildad y que viva este momento con gusto. Algunas veces creo que puede que se trate de una suerte de desquite que me da la vida, al no haberme permitido estudiar en la Universidad de mi juventud, cuando no era una Institución de fácil acceso, al menos, para las clases populares.

La universidad, como servicio público, es uno de los mejores empeños del ser humano, y la educación, un elemento fundamental en nuestra evolución como especie. Invertir en conocimiento es la forma más justa e inteligente de contribuir al florecimiento de seres libres e iguales. Una sociedad sana es la que invierte en el desarrollo de los servicios primordiales y en políticas sociales y humanistas. El baremo con el que medir el enorme salto social que ha dado este país desde la llegada de la democracia, es la proliferación de universidades y la posibilidad de acceder a los conocimientos que en ellas se imparten. Lo que no me impide manifestarme en contra de las políticas de recortes que últimamente sufre la educación en España.

Por todo eso, y por muchas más cosas, agradezco el título que se me otorga y la distinción de la que soy objeto, y hago firme la promesa de disponibilidad que de mi persona y conocimientos pueda hacer a esta Universidad. Solo espero, por el bien de la enseñanza, y sobre todo por los alumnos, que no sea necesario mi concurso. Aunque, quizás, pueda echar una mano en la Escuela de Rock de la UMH, o en la nueva Cátedra Institucional de Rock de la que acaba de hablar mi Madrina. Confieso, que el hecho de que la Universidad Miguel Hernández se interese por esta disciplina como materia de estudio, le da más sentido a mi aceptación del nombramiento.

Agradezco, así mismo, las cariñosas palabras que ha pronunciado mi Madrina la doctora Tatiana Sentamans Gómez, Vicerrectora de Cultura y Extensión Universitaria. Las Bellas Artes nos acogen y hermanan bajo su amplio manto de disciplinas entrelazadas, en constante evolución, desde que el ser humano es consciente de que puede apreciar y crear el arte de emocionar. Por lo que he podido ver en Internet, el espacio virtual donde el conjunto de las nuevas tendencias, tienen su campo de acción más experimental, mi Madrina usa su trabajo para mostrar y defender la libertad creativa en las Artes Visuales y el activismo feminista. La red es el trampolín donde los nuevos artistas pueden tocar el futuro, sin los peajes de la era analógica. Gracias querida Tatiana, y enhorabuena por los trabajos desarrollados por O.R.G.I.A, un colectivo que nos urge a enterarnos de que estamos en los albores del tercer milenio, usando esquemas mentales, morales y éticos de la Edad Media.

Como colofón al apartado agradecimientos, usaré una frase del doctor don Joan Manuel Serrat Teresa, con el que me une el lazo de la profesión, una antigua amistad y una admiración sin fisuras. En actos solemnes de reconocimiento por su extraordinaria carrera, el compositor de Mediterráneo, con esa sonrisa pícara cargada de bonhomía y complicidad, solía decir estas palabras que hoy hago mías, cuando le preguntaban por su estado de ánimo: “¿Qué cómo me siento? Pues como un niño al que le dan un caramelo por salir a jugar al recreo.”

Supongo que a estas alturas de mi vida artística es evidente mi apostolado rockero, mi militancia en esa música que revolucionó el siglo veinte, cuando a mitad de su curso, estableció, o contribuyó a establecer, nuevas reglas de conducta que cambiaron el paradigma cultural de nuestros días. Yo era uno de aquellos chavales que, a finales de la década de los cincuenta, en el *juke box* de los Billares Ganivet, ponía discos del electrizante Elvis Presley, en aquel idioma fascinante que no entendía, pero que, sin duda, me hablaba de romper el frasco narcótico de la belleza plúmbea de Granada y salir corriendo, poner tierra por medio, huir. Pensarán que soy un tipo impulsivo. Pues no, no lo soy. Verán, de niño estuve cantando muchos años en la capilla de los Salesianos el maravilloso Adeste Fideles, sin entender una palabra de latín, y no me hice cura.

He titulado estas palabras “**Todo se lo debo al rock and roll**”, porque, además de ser el título de una de las canciones autobiográficas de las que está salpicada mi discografía, creo que, a él, le debo este momento de gloria académica. En esa canción rindo tributo a un género musical nacido en Estados Unidos de América, fruto del mestizaje de diversas culturas populares, que nació como un baile de moda hasta que se convirtió en uno de los catalizadores de lo que se dio en llamar contracultura. Primero movimos las caderas, después las neuronas. Esa música no era otra cosa que la banda sonora de una revolución social, que catapultó a los jóvenes a la primera línea de la sociedad durante la última mitad del siglo pasado.

El rock and roll, como bien ha explicado la doctora Sentamans, nace de la fusión de la música country, interpretada por blancos y cuyas raíces se encuentran en las músicas folclóricas que llevaron los colonos europeos a Estados Unidos, con el rhythm & blues, aceleración rítmica a la que sometían los jóvenes músicos negros al blues, la música nacida en el gueto afroamericano recién salido de la esclavitud.

El nuevo ritmo siembra su semilla explosiva en los garitos del río Mississippi, donde los chicos de color acudían a desfogar su represión, después de aprender a poner la otra mejilla en las iglesias donde sus mayores, a golpe de *gospel*, imploraban la redención divina.

El invento funcionó tan bien y tan rápido, que los cazatalentos de la incipiente industria discográfica, avisados del gran poder adquisitivo que trajo la victoria en la Segunda Guerra Mundial a los chicos blancos, se afanaron en la búsqueda de un prototipo caucásico y guapo que cantara como los negros, para fagocitar su creatividad y su imponente talento. Y en esto llegó el rey Presley y estalló la plaga. Medio mundo se contagió de la fiebre y nombres tan exóticos para nuestro santoral, como Chuck Berry, Jerry Lee Lewis, Little Richard, Buddy Holly, cantantes negros y blancos, siguieron la senda que la pelvis de Elvis abrió para llevar la revolución juvenil a todas las tiendas de discos del planeta. En 1960, en una tienda de discos de Granada, ejerciendo de aprendiz, me pilló la avalancha.

La fiebre rockera se replicó en casi todos los idiomas del mundo, que empezaron a sonar al unísono, como si de una moderna y discordante Torre de Babel se tratara. La misma melodía era cabalgada por lenguas que difícilmente se acoplaban al patrón original. Aquellas letras traducidas al español, había que tratarlas a golpe de aféresis, sinalefas, contracciones y otros apaños lingüísticos para que encajaran en el corsé sincopado del nuevo ritmo.

Memphis se convirtió en la Meca rockera e impartió doctrina *urbi et orbe*. Los postulados de los textos, encubiertos mensajes lúbricos de doble sentido, propiciaron el principio de la liberación sexual y del empoderamiento juvenil. Más tarde, el mensaje se politizó al convertirse en la banda sonora contra la movilización de la guerra de Vietnam, el fascismo segregacionista, las injustas políticas de los gobiernos americanos de la época, y ayudaron a la revuelta social.

En la década de los sesenta el rock se convirtió en una hidra de más de siete cabezas, que no ha dejado de mutar hasta nuestros días. Dylan, The Beatles, Rolling Stones, Ottis Reading, Sam & Davis, The Doors, Jimmy Hendricks, Cream, Ray Charles, BB King, y un montón de nombres que se me quedan en la punta de la lengua, fueron las cabezas cantantes que coronaban los brazos de la hidra del rock, que no hizo más que multiplicarse en fieles réplicas por el planeta.

A pesar de la hercúlea represión de los guardianes de la moral por descabezar aquel fenómeno, un sin fin de mutaciones estilísticas dieron paso a la coexistencia de la sencillez del rock más bucólico, con a la experimentación rockera más progresiva, que convivieron, no sin tensiones y desprecios críticos, bajo la misma etiqueta. Solo se le añadieron algunos apellidos.

La llamada década prodigiosa no fue otra cosa que el punto de partida de una utopía liberadora que acabó cuando el viejo sistema dinamitó la inocencia y decidió que la marca comercial “joven”, adquiriera tal valor, que llenó los escaparates de los grandes almacenes. Por un momento se llegó a vender que el rock era el elixir de la eterna juventud, pero como dice el gran Neil Young, el óxido nunca duerme. Mick Jager puede ser la única excepción que confirma la regla.

La música popular urbana del otro lado del Atlántico, llegó a nuestro país, con el indolente retraso que la dictadura de Franco imponía a cualquier fenómeno exógeno y modernizador del que no tuviera noticias, o que no oliera al azufre del telón de acero. El caso es que el rock and roll parece que pilló desprevenido al censor de guardia, que permitió unas matinales de “Música Moderna” en el Circo Price de Madrid, hasta que el periódico Pueblo y la prensa del Movimiento pusieron el grito en el cielo ante tanta melena y casto desenfreno, y la fiesta terminó. Era el año 63 y comenzaba el desierto.

Los primeros vestigios rockeros surgen en Madrid y Barcelona al final de los cincuenta. El fenómeno se da muy poco en provincias, salvo en pueblos donde se escuchan las radios de las bases americanas que nos trajeron a cambio la leche en polvo y el queso de Cáritas. La mayoría de los chavales que se apuntaron al carro de la modernidad eran hijos de la burguesía. Los aperos del rockero eran caros y solo los jóvenes rebeldes con posibles, podían comprarse una guitarra eléctrica y su amplificador.

Como en todo el mundo, a medida que la industria musical progresó, fundamentalmente, espoleada por el fenómeno de los Beatles y la venta a plazos, el mercado se hizo algo más proletario. La venta a débito de instrumentos, enganchó a los hijos de la clase obrera, y los grupos crecieron copiando las imágenes y sonidos que venían —de un mundo de libertad y de melenas imposibles— a rescatarnos de la eterna grisura. De pronto, nuestras vidas tomaron un nuevo vuelo y un brillo, y el rock se convirtió en el carnívoro cuchillo que perfiló nuestro futuro. No fue un camino de rosas, una dictadura deja poco margen a la interpretación libre de la realidad, y nosotros solo éramos jóvenes apóstoles del canon de los tres acordes. Particularmente creo que, mi mérito fue resistir y esperar que bajara la marea.

Desde entonces hasta hoy todo pasó en un apasionante suspiro, del que hay copiosa bibliografía, como para no hacer eterna mi intervención. Hasta yo escribí mis memorias que titulé “Cosas que siempre quise contarte”, aunque casi todo estaba cantado en las canciones que hice o que creé en compañía de otros. Solo puedo decir que el mío, ha sido un canto coral, generacional, comprometido y compartido.

Es por eso, que hoy, convoco a compartir toga y birrete a mis compañeros de fatigas y glorias. A los que empezaron conmigo y a los que nos siguieron. Y muy especialmente, a los que, en tiempos tan difíciles para la lírica, la ética y el arte en general, se enrolan empujados por una vocación sin reparo y sin medida. Aunque la instantaneidad del mercado facilite productos artísticos de usar y tirar, los chicos saben que están en una profesión que contribuye a la imparable evolución espiritual del ser humano. No crean que vienen a la música solo por ligar o divertirse.

Podría hacer una lista interminable de doctores *cum laude* por la universidad de la calle, con los nombres de los compañeros y compañeras a los que hoy hago partícipes de este reconocimiento. No voy a destacar a nadie porque quiero homenajear a todos y a todas, y todos esos nombres solo caben en mi corazón. Hay un montón de figuras capitales en mi carrera, a las que debo más de un fleco de mi birrete.

El futuro está en las manos de los miles de jóvenes músicos que siguen enchufados al rayo que no cesa. Me sigue emocionando la actitud rockera de las nuevas bandas, de los nietos del rock and roll. Su técnica, su intuición, su respeto por la historia de la música que aman.

En *El rayo que no cesa*, el amor no correspondido no le impide al poeta seguir amando. En el arte del rock and roll el amor no correspondido, o temporalmente esquivo, no le impide al artista seguir creando. Hay mucho talento sin descubrir, que trabaja para conseguir el amor del reconocimiento.

A esa gente, y a mi hija, que está en lo mismo, le dedico mi doctorado.